

Los 125 años de la Bolsa y los desafíos del Bicentenario

En vísperas del Bicentenario de la Revolución de Mayo, la Bolsa de Comercio de Rosario celebra orgullosa sus 125 años de vida.

Cuando aquel grupo de comerciantes rosarinos tuvo en agosto de 1884 la magnífica idea de constituir una institución que canalizara sus afanes de progreso desde una pequeña ciudad del interior –pero que ya mostraba señales claras de su enorme potencialidad–, Argentina ya estaba lanzada, en arrolladora marcha, a ocupar un sitio destacado en un mundo convulsionado por cambios en diversos frentes.

A partir del momento en que el país se unificó definitivamente, poniendo fin a décadas de enfrentamientos, comenzaron a sucederse en forma ininterrumpida los períodos presidenciales, en los que cada uno de los mandatarios no vaciló en continuar los planes de sus antecesores. Y, a pesar de hechos dramáticos, como epidemias, guerras externas e internas, plagas, eventos climáticos y revoluciones, no se quebró el orden constitucional, garantizando así la continuidad de los programas y obras de gobierno y brindando un marco de estabilidad para el accionar de la actividad privada.

Fue durante las postrimerías del decenio de 1870 cuando Argentina se convirtió en exportadora neta de cereales, comenzando en pequeña escala, pero aumentando rápidamente. Fiel a las premisas alberdianas, la Constitución Nacional y la política general del gobierno nacional, las autoridades de Santa Fe no pusieron reparos al movimiento colonizador, siempre en constante expansión y aumentando la riqueza general. Existía la firme convicción de que la prioridad del Estado era ofrecer las mayores facilidades para que el empresario colonizador y el inmigrante sacaran provecho de las ventajas naturales del suelo.

Pero el desarrollo prodigioso de la colonización se debía a factores que excedían a la pura acción de gobierno: el clima, la calidad

de la tierra, su ubicación geográfica y la corriente espontánea de la inmigración. Las políticas públicas adoptadas se enmarcaban dentro de la misma filosofía de gobierno: dejar que el propio desarrollo económico sirviera de principal agente.

Pocos años bastaron para transformar un inmenso territorio prácticamente despoblado, mínimamente explotado, incomunicado interna y externamente, y de tecnología rudimentaria, en una Nación respetada que pasó a ocupar los primeros lugares en el mundo en exportación, fundamentalmente de trigo, maíz y lino.

Más que cualquier otro país del Cono Sur, Argentina se aplicó de modo casi total a la economía de exportación, gracias a la cual su población pudo alcanzar un nivel de vida notablemente superior al de las demás repúblicas Latinoamericanas.

Cuando se crea el Centro Comercial de Rosario (primera denominación de la Bolsa), esta ciudad tenía 45 mil habitantes y ya era un punto de convergencia de una zona rica y activa, conformada por más de 60 colonias, al que llegaban no sólo los productos sino también las aspiraciones y el espíritu que soblaban desde las colonias agrícolas. El comercio rosarino contaba con un puñado de bancos, dos líneas férreas, un dinámico sistema de comunicaciones postal y telegráfico, y un puerto de ultramar que, al decir de Germán Fernández, “había tenido por principal arquitecto a la naturaleza”.

A poco de andar, la joven entidad se convirtió en el segundo mercado en importancia en la República, y su órbita de influencia sobrepasó los límites de la ciudad y la provincia. La Bolsa fue un factor aglutinador y coordinador de relaciones económicas y sociales, que contribuyó a la formación de una identidad regional. La institución intervino en la autorregulación del mercado de múltiples maneras: estableciendo tipos

de mercancías, uniformando usos y costumbres mercantiles, concentrando información sobre plazas y mercados, practicando justicia arbitral como mecanismo de resolución de conflictos, y básicamente, dando el ámbito adecuado para la libre formación de precios transparentes.

El Primer Centenario sorprende a la Argentina en uno de los momentos más espléndidos de su historia. Existía una clara visión del objetivo hacia el cual debía llevarse al país y de los caminos y planes para lograrlo. Los esfuerzos públicos y privados se hallaban mancomunados, y los resultados se reflejaban en niveles de seguridad, educación, salud y progreso equiparables a los de los países más desarrollados de la época.

Buenos Aires era una de las ciudades más prósperas del planeta, la Argentina lucía las mayores tasas de urbanización y de educación primaria –por lejos, era el país con menos analfabetos en el mundo de habla hispana–, a pesar de contar con la más alta proporción de inmigrantes sobre la población total. Rosario, pujante, cosmopolita y compleja, se había convertido en una de las principales plazas exportadoras de cereales del orbe, en un contexto de euforia productiva regional sin parangón.

El mundo nos miraba con admiración, seguro de nuestro promisorio futuro.

¿Qué nos pasó desde entonces, para que enfrentemos hoy la conmemoración del Bicentenario en un marco tan distinto y poco alentador? ¿Cómo hicimos para dilapidar todo lo que prometíamos?.

Durante el medio siglo posterior a la Segunda Guerra, la Argentina experimentó un comportamiento económico claramente declinante, con escasos y breves períodos de recuperación, cuyos rasgos generales de decadencia no se modificaron nunca. En el balance, el país tuvo un desempeño económico sorprendente por lo negativo. En ese medio siglo, la Argentina ostentó el récord mundial de inflación interanual, una de las más bajas tasas de crecimiento del PBI y del ingreso por habitante del mundo, una exigua participación en el comercio exterior, un elevado número de población bajo la línea de pobreza y un fuerte aumento de la proporción de la población activa ocupada en el sector informal.

Ese lamentable desempeño económico se vio acompañado por un no mejor desenvolvimiento en los planos social y político. La segunda mitad del siglo XX estuvo signada por la creencia de que los procesos de desarrollo son independientes del contexto institucional del país. Se ignoró el factor institucional y ello influyó en el comportamiento de los actores, en el perfil de credibilidad y sostenibilidad de las políticas en el tiempo y en el respaldo social que las decisiones públicas generaban.

La puja distributiva por el producto, para atender expectativas imposibles de satisfacer razonablemente, paradójicamente produjo condiciones que tornaron inviable el crecimiento de la economía, agravando de ese modo las tensiones sociales.

Esa evolución puede resumirse en cuatro factores: una crisis de las instituciones políticas, con alternancia de gobiernos democráticos y militares; recurrentes crisis fiscales, con bancarrotas del Estado financiadas con endeudamiento o inflación; falta de acuerdo sobre la estrategia productiva del país y su inserción en el mundo; y ausencia de políticas consensuadas en materia de equidad y distribución del ingreso.

La superación de estos aspectos resulta clave para que el país pueda salir adelante. Sólo en algunos puntos hemos mejorado: el restablecimiento de la democracia desde 1983 fue un gran paso. Sin embargo, han aparecido nuevas formas de inestabilidad política surgidas de la falta independencia de poderes.

El respeto de la división de poderes no se satisface solamente con la existencia de un Ejecutivo, un Legislativo y un Poder Judicial. Es indispensable, además, que el poder esté repartido entre esos órganos de gobierno, que cada uno respete sus límites de actuación, que funcionen los controles recíprocos, y que la Justicia tenga la independencia necesaria para restablecer el equilibrio si alguno de los otros se extralimita.

La concentración de poder en el Ejecutivo es otro de los factores que afecta nuestra calidad institucional. La ausencia del Congreso en el ejercicio de su espacio de poder no sólo depende del marco legal, sino también de la actitud de los legisladores frente al comportamiento del Poder Ejecutivo.

La problemática de la representación es uno más de los ingredientes ligados a la calidad institucional, porque afecta la legitimidad de los órganos de decisión. La desconfianza de la ciudadanía hacia sus representantes, que tantas veces olvidan o desoyen el mandato que se les concedió, deteriora su credibilidad, su capacidad de dirección y el respeto de la población a las decisiones de la autoridad.

En fin, sólo se nos ocurre concluir esta reflexión con una sentencia que suena a verdad de Perogrullo: la recuperación de la Argentina está única y exclusivamente en manos de los argentinos. Pero así es. Capitalizando errores, dejando atrás desavenencias y enfrentamientos, trazándonos objetivos claros y realizables, tenemos, en este Bicentenario, una nueva oportunidad de hacer realidad los sueños de grandeza que vislumbraron los forjadores de la Patria, y por los que se desvelaron nuestros ancestros. Los aciertos o las incorrecciones en ese camino marcarán a fuego la Argentina de las próximas generaciones ●